863
P8
PQ6629
.A7
L49

Esta *Leyenda* es propiedad del Santuario de Nuestra Señora de Pastoriza, por donación de la autora.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA LEYENDA DE LA PASTORIZA

I

Las Vírgenes milagrosas.

Entre las mayores glorias de España, debe contarse la de poseer gran cantidad de imágenes de la Virgen, que por su tradición histórica y su romántica leyenda, despiertan la curiosidad del sabio y encienden la fantasía del artista. No hay nación de Europa que nos lleve en esto ventaja, ni siquiera se nos iguale.

Cuando pensamos en aquel Pilar de Zaragoza que, después de haber sostenido el peso de Nuestra Señora en carne mortal, sostuvo

con igual firmeza la independencia de la patria; en aquel cubo de la Almudena, de donde salió la victoria contra el árabe; en aquellas inaccesibles alturas de Monserrat, testigos de la velada de armas del caballero andante de Cristo, San Ignacio de Loyola; en aquella cripta de la *Soterraña* de Avila, donde oraba San Fernando antes de montar á caballo y ensanchar los reinos de Castilla, comprendemos que las imágenes de la Virgen no son para nosotros objeto de devoción tan solamente, sinó que hacen el oficio que para Francia la columna fundida con el bronce de los cañones ganados en cien batallas, y nos admiramos y condolemos de que nuestros santuarios españoles más antiguos y venerables, vayan tan á menos en obsequio y afluencia de peregrinos. No es mi propósito censurar la devoción á Nuestra Señora de Lourdes, coronada por la Iglesia; sinó sólo recordar que el territorio hispano está lleno de lugares sacratísimos donde resplandeció la gracia con luz tan clara como en cualesquiera otros del mundo, si se exceptúan los que presenciaron la vida y muerte de Cristo.

La inmensa concurrencia que acude á la gruta de Lourdes, prueba que el dulce culto

mariano no ha decaido, y resiste á la indiferencia y al racionalismo del siglo actual. Ni es este el único ejemplo de piedad que nos da la nación vecina. A la gran ciudad industrial de Lyón, emporio del comercio, la domina la soberbia basílica y santuario de Fourviéres, cuyos muros cubren millares de exvotos, lápidas conmemorativas y cuadros que representan milagros de la Virgen, y en el corazón de París, en el foco de las distracciones y de los negocios, cerca del soberbio teatro de la Opera y más cerca aun de la inmensa colmena de contratación que ha dado nombre al barrio de la Bolsa, se alza el templo de Nuestra Señora de las Victorias, hecho un ascua de oro, brillantemente iluminado por centenares de cirios, siempre lleno de devotos, siempre resonante con el murmullo de los rezos.

Cuando un sentimiento se impone lo mismo al refinado habitante de las grandes capitales que al humilde pescador de la brava y solitaria costa, es que ese sentimiento está fundado en necesidades y exigencias generales del corazón humano, fuertes, poderosas, dignas de respeto. El santuario, el camarín, el altar que guarda la imagen milagrosa, encierra también la esperanza y el consuelo de miles de almas,

el rayo de luz que las alumbra para que no estén del todo oscurecidas y tristes en este valle.

Muchas son en Galicia las Vírgenes milagrosas, y muy lindas é interesantes sus leyendas; y si estas anduviesen coleccionadas en libro, se apreciaría debidamente una gran riqueza de nuestra región, y se salvarían del olvido hechos importantísimos á su historia. La de las Vírgenes gallegas está siempre realzada por un toque de poesía encantadora. ¿Quién no conoce á la *divina Argos*, que ilumina con la claridad de sus grandes ojos negros la catedral lucense? ¿Quién no sabe de *Nuestra Señora del Corpiño*, invocada en las canciones populares contra los horrores de la guerra civil? ¿Quién no ha oido de la *Virgen de la Barca*, cantada por la musa; la Virgen del tejado de piedra, del dorado esquife, en que hacen de remeros dos angelitos? ¿Quién no soñó á la *Virgen del Cristal* vestida de aldeana gallega, con dengue y zuecos de palo? ¿Quién no vió algún enfermo curado por intercesión de las Vírgenes de las *Nieves*, las *Ermitas* y la *Esclavitud?*

No envidia la Coruña al resto de la región gallega, gracias al Santuario de *Pastoriza*. Al

Norte de la ciudad se eleva el vigía inmóvil, el ojo de fuego encendido en tiempos remotos por esos pueblos navegantes y mercaderes que se llamaban fenicios, para proteger materialmente á las embarcaciones advirtiéndoles donde está el escollo que deben huir, el bajío en que pueden encallar, el arrecife en que corren á estrellarse; y al Sur se alza el faro moral encendido por la fe cristiana, el que interviene y protege y salva y guía al puerto cuando ya el marino se cree perdido sin remisión; el numen invocado en la última extremidad, la Virgen marinera, la Estrella de los mares. Allí están desde tiempo inmemorial ambos faros, mirándose, dominando con su serena irradiación el bramido del Cantábrico, y dejando que á sus piés se redondée la primorosa concha de la bahía y se dilate el gentil semicírculo del caserío coruñés, bando de palomas blancas cada año más numeroso.

II

Como se me ocurrió escribir esta leyenda.

El domingo 12 de Junio de 1887 subí al Santuario de Pastoriza, con objeto de oir una misa en el altar de la Virgen, depositando en él la corona de laurel y encina que me había ofrecido el Círculo Mercantil de la Coruña, ocho dias antes, á mi regreso de Madrid. A fuer de buena coruñesa, he profesado siempre cariño y devoción á la Virgen del mar, de quien oigo desde mi niñez, en boca de gente sencilla, mil historias prodigiosas. No necesitan justificarse estas especiales adhesiones que nos inspira una imagen con preferencia á todas las demás, pues son afecto bien natural, hermano del que sentimos por la patria, por la tierra, por el pueblo nativo, por la casa paterna y hasta por los muebles viejos, á los

cuales parece que se van quedando pegadas, con el uso, partículas de nuestro ser. Claro está que la Madre de Dios es la misma en todas partes, y donde quiera que la invoquemos ha de oirnos; pero ¿cómo evitar que nos encariñemos con aquella representación suya que primeramente la reveló á nuestros sentidos? El aragonés pronto á sostener, navaja en mano, que su *Pilarica* es la única Virgen del mundo; el sevillano que en tiempos revolucionarios, cuando las procesiones están prohibidas, escolta rewólver al cinto la de su *Macarena;* la chula del Avapiés, que no tiene por bien bautizado á su niño hasta que se lo presenta á la Virgen de la Paloma, obedecen á un sentimiento que por ser ellos gente sencilla y ruda, se manifiesta con más energía y con cierta graciosa impremeditación infantil, pero que todos llevamos dentro del alma. El poeta aleman Enrique Heine, judío primero, protestante después, y siempre muy descreido, habla sin embargo con ternura, en varios pasajes de sus versos, de una imagen de la Virgen, pintada sobre fondo de oro *color de vino del Rhin;* imagen existente en la catedral de Colonia, y que el poeta había comtemplado muy á menudo en su juventud. La Iglesia católica, que reconoce y respeta los sentimientos naturales, siempre dió vado á estas preferencias y cariños, porque así los sentidos auxilian á la fe, y el corazón descansa en lo que ama y conoce. Una de las cosas más melancólicas y duras que encuentro en el protestantismo, es su horror á las imágenes. Si una hermosa catedral, como la de Santiago ó la de Burgos, parece la antesala del cielo, un templo protestante, con sus desnudas murallas, se asemeja al limbo tenebroso y helado.

A impulsos de este particularismo religioso, fuí yo á ofrecer á la Virgen de Pastoriza mi corona. El día estaba espléndido, y no manchaba la pureza del firmamento nube alguna: ampliamente se podía disfrutar de la amenidad pintoresca del paisaje, que va revistiéndose de aspecto más severo según nos acercamos al Santuario, y que, semejante á todos los de Galicia, los dias nublados tiene un carácter de tristeza que pierde al resplandecer el sol. Hasta el cerro y fuente de Santa Margarita, el camino de Pastoriza es un arrabal de la Coruña; después escasea algo el caserío, sin desaparecer nunca por completo. Por cualquier lado que salgamos de la Coruña, vemos uno de los dos mares que la besan ó la muer-

den, y diríase que el Océano va en nuestro seguimiento, como unos ojos azules cuya mirada no quiere apartarse de la nuestra. Cuando subimos á Pastoriza, el mar se volvía todo serenidad; á ratos íbamos como colgados encima de él, porque el camino no cesa de ascender en cuesta, tan agria á veces, que las valientes jaquitas del coche á ratos tenían que ponerse al paso, molestadas por un calor más propio de Agosto que de Junio, y por alguna mosca impertinente, sobre todo desde que perdimos de vista el mar y sus frescas brisas nos abandonaron. Al cabo de tres cuartos de hora habíamos recorrido los seis kilometros que dista el Santuario de la Ciudad vieja, y nos deteníamos al pie del atrio de la iglesia de Pastoriza.

Hallábase lleno de gente aldeana que salía de misa mayor: mendigos andrajosos, viejas sequitas y enjutas como un pedazo de yesca, desharrapados chiquillos, mujerucas envueltas en su *mantelo* de picote, que á despecho de la calurosa temperatura cruzaban contra el rostro, arrebujándose como podrían en el rigor del invierno. No obstante la proximidad de la capital, observé que allí se conservaba muy puro el tipo y el carácter labriego, tal vez porque la dirección de Pastoriza es la del territorio más

marcado con el sello regional, la costa fiera, céltica y primitiva de Bergantiños. También andaban por el atrio romeros elegantes, familias de la Coruña que llevaban el mismo propósito devoto que nosotros, sólo que habían madrugado más.

Poco tardamos en hallar al párroco, don Víctor Cortiella, quien mostró desde las primeras palabras ser persona extraordinariamente afable y culta, además de viva, despierta, enterada de los menores ápices de su encargo y diligentísima en cumplirlo. No había misa hasta las doce, y eran las diez, minutos arriba ó abajo; teníamos dos horas disponibles; y después de suspender la corona, y cerciorarnos de que sus largas cintas blancas hacían buen efecto sobre el muro, después de rezar y dar un vistazo al templo, de refrescar en la rectoral con excelente Jerez y el agua delgada y fria de la montaña, aun nos sobraba un largo rato, cuya inversión fué discutida, conviniéndose por fin en ascender al monte donde se encuentra la *Cuna de la Virgen*.

Acometimos la empresa con algun temor, porque se decía que la tal subida era punto menos difícil que trepar á gatas por un muro, y que además, con aquel calor implacable, lle-

garíamos á la *Cuna* asfixiados. Ya se sabe que estos inconvenientes estimulan el deseo y aumentan el placer. Casi nos dimos por chasqueados y mal servidos al notar que el león no era tan fiero como nos le pintaban. Cierto que la cuesta es casi vertical, y está sembrada de pedruscos movedizos que impiden sentar la planta; pero el trayecto dura tan poco, que no da tiempo á sentir cansancio. Primero va la senda encajonada entre dos muros, pedregosa y estrecha; de repente nos encontramos en terreno montuoso, y el pie se desliza sobre una alfombra de vegetación calcinada por el sol y los pulmones respiran con deleite la brisa marina, áspera y libre. El rosado brezo viste las quebraduras; las bravías siluetas de los pinos marítimos se recortan sobre el inmaculado azul del cielo; olores á resina y á uces en flor nos halagan; el sendero es cada vez más abrupto, entre trocha y peñascal; subimos jadeando; en el horizonte se perfila el contorno de un crucero antiguo, una masa de piedras gigantescas nos sale al encuentro... Ya estamos en la *Cuna*.

A la sombra y en el hueco que deja uno de esos peñascos formidables, nos sentamos los excursionistas, ufanísimos de nuestra fácil

hazaña. El aire, el suelo, el granito mismo diríase que vibraban de calor; pero aunque nuestro asilo era realmente una estufa, no podíamos cansarnos de admirar la salvaje belleza de aquel sitio, y el efecto de las magníficas piedras, que si no son *dolmen* druídico, al menos presentan cierta colocación misteriosa, más semejante á la de los monumentos y aras primitivas que á la de bloques de granito derrumbados por algún cataclismo de la naturaleza. El párroco nos refería la leyenda cristiana enlazada con aquellos peñascos, y al punto, como por inspiración de la extraña poesía del lugar, uno de los expedicionarios, mi amigo de la niñez Alvaro Torres, en quien se unen las prendas de artista, rico y generoso, discurrió que el complemento de tan romántico sitio y tan extenso y grandioso panorama, sería una estatua de la Virgen labrada en piedra, imitando en lo posible el candor y la rigidez de las efigies bizantinas, y colocada allí sin más pedestal que los colosales peñascos, ni más pabellón y dosel que la bóveda soberana de lápiz lázuli que veíamos dilatarse con majestad infinita, ni más cirios y candelabros que los pinos, salvajes arpas de la montaña, como dice nuestro poeta Eduardo Pondal.

De algo poetas nos preciábamos también los demás peregrinos, y la idea nos sedujo tanto, que de allí á poco rato todos nos creíamos sus padres y autores. La imaginación nos suministraba perfiles y detalles para desenvolver el plan; ya veíamos el efecto que había de producir la imagen destacándose sobre el fondo encendido del poniente, ó entre la pálida y opalina claridad del amanecer; ya votábamos porque se le hiciese una aureola dorada; ya nos preocupaba el recelo de que no estuviese labrada y pronta para inaugurarse antes del día de la fiesta, que es el de la Dedicación de San Miguel Arcángel, penúltimo del mes de Septiembre; y tan animada era la conversación; de tal modo se cruzaban indicaciones, preguntas y respuestas, que no puedo recordar con exactitud si fuí yo misma ó alguno de los circunstantes quien habló primero de la *Leyenda* que convenía escribir, en lenguaje llano y sencillo, para que los peregrinos y devotos del Santuario conociesen y conservasen en la memoria aquellas tradiciones, recuerdos y particularidades que tanto nos interesaban á nosotros. Al punto el cura se ofreció á publicarla y discurrió que se vendiese á beneficio del Santuario; pareció acertadísimo el proyecto, y

sin más, antes de salir del hueco del peñasco, me encontré investida con el título de cronista de la Virgen montañesa—la Virgen de los reyes suevos.

Bajamos del monte aun más alegres que sofocados, que no es poco decir; y como al llegar al atrio faltaba todavía media hora larga para la misa de doce, empecé á llenar los deberes del cargo que se me había conferido, rogando al cura que me diese todas las explicaciones posibles acerca de la antigua inscripción en piedra tosca, empotrada en el muro del lado Norte de la actual iglesia. En otro lugar diré algo de esta caduca reliquia, cuya interpretación no es tan clara como desearíamos los curiosos; á bien que yo en estas cuestiones he creido siempre que no se debe ahondar con exceso, porque la tradición tiene alas de mariposa, y su polvillo se queda en las yemas de los dedos cuando se aprieta demasiado. Hay que respetar y patrocinar la leyenda mientras no la desmientan datos irrecusables; hay que sentir correr el manantial de agua oculto bajo la tierra, aunque no lo veamos; hay que animar con la imaginación lo que, si no está probado hasta la evidencia, al menos no merece calificarse de absurdo.

III

Historia.

Rendido el decrépito imperio de Roma bajo el peso de las tribus que arrojó contra él el Septentrión, cayeron sobre las provincias romanas los bárbaros del Norte, y España fué invadida por los feroces vándalos, los nobles godos y los belicosos suevos. El yugo de estos últimos le tocó sufrirlo á Galicia. Eran los suevos una raza germánica salida de las orillas del Danubio; gente selvática, que en la oscuridad de sus bosques sagrados degollaban en aras de piedra víctimas humanas y adoraban al genio de la guerra. Fundaron monarquía en el pais gallego, y conservaron sus rudas costumbres y su idolatría desde principios hasta mediados del siglo v; pero al morir Rechila el batallador, abrazó su hijo la fe de Cristo, movido de las predicaciones de Balconio, obis-

po de Braga, y otros prelados de Galicia, y subió al trono con el nombre de Rechiario. Según Luitprando, Rechiario, rey de Galicia y de toda España por las grandes conquistas de Rechila su padre, fué el primer monarca católico que ha existido, no solo en Europa, sinó en el mundo, entendiéndose un rey absoluto, no súbdito ni dependiente de los emperadores romanos, y que no reconoce superior alguno en toda la redondez de la tierra; por cuya razón Galicia reclama fundadamente el privilegio y nombre del más antiguo reino católico, *reino sacramentado,* luciendo en sus armas el viril.

Yo quisiera poder contar mucho bueno del primer rey católico, donatario y patrono de la primitiva imagen que en tierra gallega tuvo la Madre de Dios; desgraciadamente los historiadores no me lo permiten. Según el más conocido de todos, «ni el suevo dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos experimentaron los efectos de su conversión al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoredo, el rey de los godos, salió á recibir á su esposa hacia los confines de los vasco-navarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar á ver á su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó á Tolosa, donde dejó

admirados á los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta, devastó y pilló los países de Lérida y de Zaragoza, regresando impunemente á sus estados, porque no había soldados romanos que defendiesen las provincias que aun pertenecían nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.»

Cuando menos, no se le puede disputar á Rechiario el ardimiento y la osadía. Y hay que tener en cuenta, para excusarle, que la tribu sueva era quizás la más áspera y tosca de cuantas bajaron del Norte. Ni fueron tampoco modelos acabados de cortesía y cultura Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, ó Wladimiro *el Bautizador,* que destruyó el paganismo en Rusia.

A Rechiario, pues, atribuye César Baronio, autoridad tan respetable cuando se trata de antigüedades eclesiásticas, la propiedad de la primitiva imagen que hoy, después de sufrir importantes modificaciones, se sigue venerando bajo la advocación de *Nuestra Señora de Pastoriza.* Y á ser cierta esta tradición—que ningún dato fehaciente nos autoriza á rechazar — la Virgen de Pastoriza cuenta actualmente la majestuosa fecha de unos quince siglos, y es la primer efigie de Nuestra Señora

que recibió culto en Galicia, en la ermita que le construyó el rey suevo. Algo puede decir en abono de esta creencia el nombre que aun lleva hoy la parroquia de *Suevos,* uno de los anejos de Pastoriza.

Siempre arrimándonos á la tradición, y á contados pero auténticos documentos, podemos reconstruir con bastante claridad y verosimilitud la historia del Santuario, al través de los catorce siglos que separan á la ermita sueva del templo dórico actual. La ermita, simple y ruda como el bárbaro que la erigió, objeto sin embargo de acendrado culto para las gentes de toda la comarca, sobrevivió á la oscura, misteriosa é intermitente corona sueva, durando hasta una fecha que pudo ser la del año 968, la que con más probabilidad se señala á la venida, en cien naves, de los piratas normandos, que á las ordenes del rey de mar Gunderedo, invadieron el territorio galáico, hicieron grandes estragos en las cercanías de Compostela, mataron de un saetazo al obispo Sisnando, y asolaron el reino todo; ó la de la memorable correría de Almanzor por Galicia en el año 997, cuando el famoso hagib llevó en hombros de cautivos cristianos á la gran aljama de Córdoba, para que sirviesen de

lámparas, las campanas de la catedral de Santiago. Al salir de la Jerusalem de Occidente cargado de botín y harto de destrucción, adelantóse Almanzor hacia la Coruña y Betanzos, pisando tierra que, según los cronistas árabes, nunca había sido hollada por planta musulmana. Los sarracenos arrasaron ó entregaron á las llamas la ermita de Rechiario; pero sin duda la devoción de algún cristiano, prevenido á tiempo de que se acercaba el ejército infiel, salvó á la imagen, escondiéndola á poca distancia de la ermita, en el *nicho abierto en una piedra grande,* que no es otro sino la famosa *Cuna de la Virgen,* sobre la cual ha de alzarse la estatua de granito.

Tan frecuentes como probables son estas tradiciones de imágenes escondidas, unas en tierra, otras en pozos, cuál en el hueco de un muro, cuál bajo una peña, cuál dentro de subterránea bóveda; y muy natural el impulso que llevaba á los cristianos, en momentos de peligro, á poner en salvo lo que estimaban más que la vida. Y cuando se sabe de cierto que una imágen estuvo oculta así, es presunción fortísima en favor de su mucha antigüedad, porque le asigna una fecha anterior por lo menos á la invasión agarena.

Con la gloriosa jornada de Calatañazor, disolución del califato y ruina del imperio ommiada, feneció la preponderancia de la media luna, se consolidó la obra de la reconquista, y se hizo imposible la repetición de sucesos como las algaradas y campañas de Almanzor al través de España entera. Reprimidos los árabes y bien castigados los normandos por el conde de Galicia Gonzalo Sanchez, que los pasó á todos al filo de la espada, recobraron su perdida tranquilidad los gallegos de la costa, y pudo la imagen, ya revelado su escondite á la inocente pastorcilla, volver con gloria al antiguo asiento, convertido de ermita en iglesia románica, y Santuario al cual acudía en tropel la gente atraida por la fama del prodigioso hallazgo y del renovado culto. La restauración y transformación de la ermita en iglesia y la invención de la santa imagen, debieron suceder á principios del siglo XI; y no es fecha ambiciosa esta que señalo, pues según la autorizada opinión del sabio y concienzudo arqueólogo don Antonio Lopez Ferreiro, pudiera suponerse otra mucho más remota. Dice así el señor Ferreiro, en carta particular al párroco de Pastoriza señor Cortiella: «No tengo dificultad ninguna en admitir que la

iglesia de Pastoriza es antiquísima; porque constando como consta, que su anejo San Tirso de Oseiro existía á principios del siglo IX, por un orden regular la principal debía precederle en antigüedad..... Por la descripción de la iglesia vieja que usted me ha remitido, se vé que, ciertamente, la anterior fábrica debía ser muy antigua. En el siglo XII se reedificaron la mayor parte de las iglesias de Galicia, y de ello es buena prueba la de San Tirso. Pero todas las obras de entónces llevan impreso el sello de buen gusto y riqueza propio de la época. Estos caractéres no se encontraban en la iglesia de Pastoriza; por consiguiente, debía remontarse á época más lejana.» En consecuencia, ajustándonos al sentir del docto canónigo, tendríamos que estampar que la iglesia de Pastoriza, bajo otro nombre, era parroquial á fines del siglo VIII por lo menos; y esto nos inclinaría á pensar que la pobre ermita de Rechiario ya había ascendido á iglesia durante la dominación visigoda, siendo arrasada por los infieles ó los piratas, y reconstruida hacia fines del siglo X ó principios del XI, antes de la buena época arquitectónica; admitida esta conjetura, el estado actual del templo sería su cuarta fase. Pero á este orden de probabilidades veo

una dificultad capital; que el señor Ferreiro se apoya, para inducir la antigüedad de la iglesia, en la de su anejo, siendo así que entónces no había tal anejo, pues la anexión de San Tirso de Oseiro á Pastoriza es bastante reciente. De todas suertes, la antigüedad de la iglesia de Pastoriza se revela claramente por numerosos indicios, y no seré yo, lega en estas materias, quien vaya á aquilatar los porqués de un hecho patentísimo.

La descripción de la iglesia antigua á que se refiere el señor Ferreiro, consta en una escritura fechada en la Coruña á 3 de Enero de 1688, en que se contrata por don Juan del Río la obra de cantería de la iglesia actual; documento muy interesante, que tendré ocasión de volver á citar, y que no traslado íntegro porque no entra en mis miras el que esta *Leyenda* adquiera las proporciones de ciertos honrados y para mí muy simpáticos librotes que solían publicarse en el siglo pasado bajo el título de *La Barca más prodigiosa* ó de *Argos divina*. Baste decir que, según la escritura inculca y reitera, la iglesia que se trataba de reedificar era *antiquísima*, y de tan mezquinas proporciones, que no podía acomodarse en ella la multitud de los devotos: su fábrica humilde,

sus paredes de pizarra tosca y granito mal labrado.

Una vez más los grandes acontecimientos históricos estaban llamados á influir en el destino del Santuario de Pastoriza. La lucha entre la España de Felipe II y la Inglaterra de Isabel Tudor, el cerco y asedio de la Coruña por la flota inglesa, ocasionaron el célebre *milagro del Draque*, acrecentando la fama y crédito del Santuario y el concurso de devotos, y moviendo el ánimo del vecino de la Coruña don Juan del Río para que reedificase á su cuenta, en el último tercio del siglo XVII, la fábrica toda, tal como se encuentra hoy, salvo las notables mejoras realizadas por el celosísimo párroco actual. La familia de este don Juan del Río subsiste aún en la Coruña, representada por numerosos descendientes; en el templo de Pastoriza tiene una capilla suya donde están sepultados el fundador y su esposa, y las hembras de este linaje son por derecho propio camareras de la Virgen, y la visten y adornan los días solemnes.

IV

La Cuna de la Virgen.

El romancesco lugar donde ha de erguirse la estatua de granito de Nuestra Señora, encierra,—á ser indiscutiblemente auténticos todos los monumentos que en él existen—la historia de Galicia, representada en cifras de bulto. Allí el *dolmen*, donde sacrificaba el druida á sus misteriosas divinidades; allí el *castro*, fortificación trazada por el celta, donde tal vez el invasor romano se atrincheraba contra los defensores de la independencia cantábrica; allí, por último, el *nicho* donde el cristiano preservó del furor de los infieles la querida imagen de la Madre de Dios.

Forman el dolmen inmensos bloques de piedra agrupados y puestos en pie, al parecer artificiosamente, á la falda del Castro de Pastoriza, y un poco más abajo, tendida en el sue-

lo, se ve la laja conocida por *Cuna de la Virgen*. Es de forma oblongada, á un extremo redonda y al otro puntiaguda; mide unos cuatro metros de largo por tres de ancho, y tiene por la cara que apoya contra la tierra una profunda excavación hecha adrede y con arte, y por la superior un letrero que dice:

†

EN ESTA PIEDRA
POR AVAJO B ES DON
DE PARECIO S. R.

El hueco que queda entre la tierra y la laja es tal, que puede pasar por él, algo trabajosamente, y arrastrándose con el vientre contra el suelo, una persona de mediana corpulencia; como que existe entre las aldeanas y gente del contorno la costumbre piadosa de entrar por un lado de la excavación y salir por otro, proeza que no se atrevió á realizar ninguno de los peregrinos que me acompañaban, por no comprometer la integridad de sus pantalones, que no saldrían bien parados de la empresa. El hueco es, en verdad, angosto, y la operación de meterse por él muy fácil para las lagartijas, pero ardua para las personas. Lo que se comprende bien, es que allí pudo mantenerse ocul-

ta largos años la imagen, preservada no solo de las iras del invasor, sino de la intemperie y de todo deterioro.

Desde la *Cuna de la Virgen* abarca la vista extenso y magnífico panorama. Al Norte, la Coruña y su ría y pintorescos alrededores: las parroquias de Visma, San Cristóbal, Oza y Elviña, testigo esta última de una batalla famosa en los fastos de la historia gallega y no olvidada por los ingleses, que recojen con cariño hojas del laurel que crece en aquel lugar. Al Este de la ría, otra deliciosa zona *mariñana:* las parroquias de Lians, Dorneda, Mayanca, Serantes, y Dejo, y en el horizonte marítimo, el formidable escollo, la *peña de la Marola*, equivalente, segun el dicho popular, á todos los peligros del Océano juntos. Si no me engañan los ojos, por allá se divisa el comienzo de la ría de Sada; y, entre las dos rías, asoma una mancha oscura, que es el conocidísimo y familiar paisaje de San Pedro de Nos, Iñás y Oleiros, y aun un trozo de Meirás, donde tiene su asiento la rústica *Granja*. En dirección del Noroeste, se alzan los ariscos montes de la Capela y Taboada, en el partido de Puentedeume, y si el cielo está despejado y claro, aun podemos divi-

sar el nido de águila, el feudal torreon de los condes de Andrade. Retrocediendo encontramos á Montefaro, la boca de la ría de Ferrol, el monte Ventoso, y la cordillera que se extiende y desvanece hasta hundirse en el mar con el nombre de cabo Prioriño, sin que la mirada se detenga hasta llegar al cabo Prioiro. Todo esto comprende la faja del Norte: la del Este y Sur la componen las austeras montañas de Orro, Morás y Loureda, que rematan al Oeste en el Castro á cuyos piés descansa la *Cuna*.

V

La Pastoriza.

Muy frecuentes son en la historia religiosa los casos de revelaciones importantísimas hechas á la gente más rústica y humilde, como si Dios se complaciese en conferir sus secretos con los pobres de espíritu, los limpios de corazón, los ignorantes de toda malicia y corrupción mundana. Unos pastores fueron los primeros á saber, por boca de los ángeles, el suceso más grande que vieron los siglos, el nacimiento del Salvador en las pajas del pesebre; una pastorcilla, Juana de Arco, la que oyó voces celestiales que le ordenaban salvar á su patria del yugo extranjero; un pastor de la sierra, quien puso al ejército cristiano en camino del triunfo de las Navas; unos pastores vieron iluminados los picos de Monserrat, al descubrirse la cueva de la *Moreneta*.